

glos y medio y por los que ha de prestarle, Dios mediante, en las edades venideras.

Acepte usted la alta estimación con que me suscribo atento servidor y compatriota,

R. M. CARRASQUILLA

LETRAS AMERICANAS

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

(Crítico colombiano)

Lo que sigue es fragmento de un extenso estudio sobre nuestro sabio catedrático de literatura, publicado en la revista *Cuba Contemporánea* de la Habana, por nuestro compatriota don Gonzalo París Lozano. Deploramos que la brevedad de estas páginas nos impida reproducir íntegro el interesante escrito.

En 1884, a los quince años de edad, empezó éste su carrera literaria con señalada victoria sobre un contendor de renombre. Con motivo de la publicación de un libro de poesías de don Rafael Tamayo, el señor Merchán, quien gozaba en Bogotá de la autoridad que le conferían sus múltiples talentos y su saber, formuló un juicio bastante severo sobre aquella obra. El señor Gómez Restrepo, que la había juzgado con criterio diferente, entabló resueltamente la polémica. Cruzáronse entre el crítico cubano y el novel escritor varios artículos de controversia y don Miguel Antonio Caro puso fin a la disputa con dos cartas literarias, completos y magistrales tratados sobre los dos puntos a los cuales había llegado a concretarse la discusión. Esas cartas declararon vencedor al señor Gómez Restrepo.

Eran aquellos tiempos de bravas pasiones políticas, salpicadas de encono religioso; la época más afrentosa de anarquía política y moral que ha conocido Colombia llegaba al ápice; era la víspera del derrumbamiento de todo un sistema filosófico y político que había imperado en Colombia por espacio de veinte años y cuyas características habían sido «el deslumbramiento en el consejo y la ineptitud en la acción» (1). No venía el señor Gómez Restrepo del lado del edificio que fracasaba, sino de los campos intelectuales donde se había preparado y hervía por entonces la reacción ideológica que culminó en 1886; y no debe asombrarnos que siendo tales las circunstancias, el mal gusto, azuzado por los rencores político-religiosos, le saliera al paso para enrostrarle con mofa, desde las páginas de un periódico notorio por entonces (2), que, dando de mano a los placeres propios de su edad temprana, se dedicara desde la primera juventud a las austeras disciplinas del estudio. Ciertamente entre gentes habituadas al tumulto político y a la dispersión intelectual, la aparición de un estudioso no podía ser bien recibida; pero el señor Gómez Restrepo ha probado que sí sirve, y de mucho, dedicar al estudio una parte a lo menos del tiempo que los deportes juveniles reclaman para ellos. El que consagra sus fuerzas de juventud a la cultura personal y colectiva, nunca, al mirar a retrotiempo, tendrá que lanzar la estéril y vergonzosa lamentación: «¡Tardes malogradas, días perdidos, juventud miserablemente consumida!»

Sus primeros trabajos fueron de crítica y ésa ha sido la rama de los estudios literarios a que más de lleno ha consagrado su actividad. Su obra crítica com-

(1) Carlos Martínez Silva.

(2) El *Diario de Cundinamarca*.

prende ensayos publicados a lo largo de treinta años, y sus discursos académicos. De esa rica labor hemos de lamentar lo que deplorará siempre el que conozca la obra de muchos ingenios colombianos, contemporáneos y de las pasadas edades, es decir, que se halle esparcida en publicaciones periódicas difíciles de reunir. Tenemos los colombianos un tesoro espiritual, pero de nada nos sirve, porque no sabemos dónde yacen ignoradas las porciones que lo integran y no se nos ha ocurrido, acaso por la carencia de facilidades editoriales o porque ha venido a ser timbre de lujo y distinción ignorar la producción intelectual colombiana, buscar esas piezas dispersas, reunir las y construir con ellas un palacio, no importa si hubiera de ser modesto, al cual pudiera ir el alma colombiana a apacentarse con frutos y raíces de su tierra. Como si poseyéramos riquezas de este género para dar y regalar, dejamos que las joyas labradas por nuestros mejores ingenios duerman en el olvido, y mientras a tanto llegan nuestra largueza y nuestra incuria, el espíritu colombiano no encuentra nada propio de qué nutrirse.

Es gran ventura que no haya medrado aquí aquella crítica estrecha y cominera, que se limita a buscar gachos, a señalar galicismos y a seguir el hilo de las reminiscencias y coincidencias; ni esa otra cuyos dos únicos diapasones son el ditirambo y la diatriba. De ninguna de las dos participa la del señor Gómez Restrepo. El hace crítica eminentemente moderna, inspirada por un espíritu de comprensión altísima y caldeada por la simpatía. En punto de doctrinas rechaza las que no concuerdan con sus personales convicciones; pero las hace a un lado sin cólera, con aplomo y distinción. En los trigales del escritor estudiado señala el candel y la cizaña, mas sin asombrarse de que ésta ande revuelta con aquél. Pondera las ideas artísticas del autor,

enumera sus rasgos distintivos, muestra sus enlaces con otros de la misma estirpe, valora su influencia, lo relaciona con su tiempo y pone de bulto su significación. De las controversias llamadas doctrinales se aparta invariablemente, como que sabe que ellas son, en nuestras latitudes y por estos tiempos, fuego que lo arrasa todo. Su crítica no es tendenciosa sino, lo repetimos, altamente comprensiva. «Al crítico no le corresponde la tarea de repeler, sino la de comprender,» ha dicho precisando su posición ante autores de cuyas ideas sobre puntos capitales no participa en absoluto.

Y ya que estamos poniendo de relieve uno de los caracteres más simpáticos de la crítica del señor Gómez Restrepo, no es inoportuno que recordemos, al pasar, la diferencia fundamental que hay entre ser comprensivo y ser benévolo con benevolencia extremada y floja. Algunos temerosos de que se los apellide hurafios o se los tilde de exclusivistas, caen a menudo en esa benevolencia injustificada. Observemos, para ellos, que si la crítica que sólo se anda por los extremos de la censura deprime y empequeñece, la que a toda hora recorre los senderos de la alabanza gratuita engaña y lleva al envilecimiento. Para bien de las letras nacionales debemos desear en los que ejercen la crítica, menos benevolencia escrita y menos, mucha menos malevolencia hablada.

El crítico es, en definitiva, un hombre que sabe leer apoderándose de la íntima entraña de lo que lee; que sobre las impresiones recibidas al leer construye juicios y cuando habla de sus lecturas acierta a suscitar en los demás parecidas impresiones y los lleva a concluir juicios semejantes a los suyos; y que al referir sus impresiones o formular sus juicios, les añade un acento de simpatía mezclado a una interpretación personal de lo que tiene de eterno la obra estudiada,

es decir, de lo que la enlaza con el pensamiento y el sentimiento de los hombres al través de los siglos.

Un hombre así es el señor Gómez Restrepo; de ello podemos darnos cuenta examinando con algún cuidado su obra crítica. Hablamos, claro está, de lo más saliente de su producción, dejando a un lado aquellas porciones de ella que se pueden considerar como hijas de un compromiso amistoso o como nacidas para determinadas circunstancias y destinadas a pasar con esas mismas circunstancias del momento. Tales porciones no pueden servir de base para juzgar la totalidad de su obra ni añaden a ésta mérito alguno.

Empecemos por aquella pieza en que hace un recuento de las principales glorias poéticas colombianas. Vale mucho como cuadro sintético, si bien, por sus reducidas dimensiones, encontramos que en algunos puntos es demasiado atropellada la enumeración de poetas y bastante vago el juicio; y, por la época en que fue escrita (1905), la hallamos hoy incompleta, como que termina con Angel María Céspedes y quedan faltando algunos auténticos valores que empezaron a lucir después de nuestro centenario (1910).

A muchos de los que aparecen en esas líneas sintéticas les ha consagrado en otras ocasiones estudios detenidos. Su ensayo sobre José Eusebio Caro es de los mejores que ha escrito y figura en primera línea entre los escasos, pero superiores trabajos de esta índole con que cuentan las letras colombianas. Con gran poder de visión abarca, para presentárnosla, sin que le falte un rasgo, esa personalidad singularísima, hombre de alma múltiple, cuyos versos son la historia y el trasunto de su existencia, agitada y ardiente; que supo vivir con la pasión y el brío de los grandes artistas, siguió audazmente su propia originalidad, fue a buscar su inspiración en las primitivas fuentes del senti-

miento y, al tocar los grandes y eternos temas, dijo palabras inflamadas por el fuego que purificaba los labios y abrasaba la mente de los profetas. En Caro la forma lleva impreso el sello romántico, obligado tributo a la época en que vivió; pero su espíritu supera las mudables olas de los tiempos y sobrepasa la evolución de las escuelas. Anticipóse medio siglo a ensayos de innovación métrica que habían de intentar después los modernistas y sus solos romances bastarían para dar renombre a cualquier poeta. Tan admirables como las amorosas son sus poesías políticas, alguna de las cuales perdura como la más inspirada y vehemente maldición que se haya pronunciado contra ciertos regímenes gubernamentales de América; y todas ellas son un producto auténtico del alma del poeta, tan rica de esas fuerzas misteriosas que hacen a los hombres superiores. En la poesía colombiana lo señala como cumbre única, fuerte peñasco al cual ni la tempestad conmovió ni el tiempo mina.

Al hacer el estudio de José Eusebio Caro tenía que competir con aquel soberbio trabajo de don M. A. Caro sobre la evolución del genio lírico de su padre, y con las fastuosas páginas de Menéndez y Pelayo en que tan sutilmente se interpreta al hombre y al poeta y en las cuales, tanto como juicio certero y penetrante, hay fuego de entusiasmo y brotes de admiración profunda. A ninguno de los dos le fue en zaga el señor Gómez Restrepo. A veces parecemos oír que jadea bajo el peso del asunto y nos deja ver el esfuerzo que hace para ir a la par con los que habían puesto antes la mano en el mismo tema; pero ni por un instante descende del alto nivel que ellos le señalan ni de la altura misma del varón egregio a quien Menéndez y Pelayo, con todo y ponderarlo como poeta excelso, hallaba «todavía más grande hombre que gran poeta.»

Más completo como trabajo crítico y de mejor ejecución literaria es el estudio sobre Rafael Pombo. Quien lee ese discurso tiene conocida y justipreciada la figura de Pombo, genial por todos sus aspectos y absolutamente nueva en las letras castellanas. De sus cualidades nativas y de las influencias de Zorilla y Lamartine y de Byron y otros poetas sajones resulta en Pombo un pujante consorcio de facultades que se pone de relieve al través de su obra toda. La lengua y el estilo dan a sus versos un puro sabor hispánico, al cual se mezcla a menudo un dejo agriecillo, resultado de la influencia sajona; brilla en él la esplendidez americana y en ocasiones la cegadora refulgencia de nuestra zona aparece velada por las opacidades del misterio del Norte. El sentido moral es en Pombo lámpara de luz precisa; lo distinguen ricas cualidades del corazón; alienta en él un férvido amor al suelo patrio. Cuando le llega la *hora de tinieblas* no lanza blasfemias vulgares ni insulta los altos ideales de la vida espiritual; clama entonces con gritos de águila herida, prorrumpe en lamentos sombríos que causan pavor; pero el terror de sus clamores y la desolación de sus imprecaciones son absolutamente bellos y dignos. Añota el crítico como principales méritos de Pombo la lozana novedad en las descripciones de la naturaleza, aquella vibración de sollozo que dio a la elegía, la variedad de tono y el libre desarrollo que comunicó a la oda castellana; y advierte cómo con sus cantos a la mujer, frecuente motivo en la inmensa sinfonía que produjo su lira, enriqueció el aspecto hasta entonces más pobre de la lírica castellana. José Eusebio Caro y Rafael Pombo parecen ser, entre los poetas mayores que dan gloria a Colombia, los que obtienen las preferencias del señor Gómez Restrepo.

En breves líneas ha trazado un magnífico perfil de Diego Fallon. Ve en él a un gran poeta inglés que es-

cribía en el más puro idioma de Castilla y que, y con pocas poesías por bagaje, quedó consagrado como maestro e hizo su nombre inseparable de los de nuestros más altos poetas. Fue Fallon una síntesis genial de variados talentos y produjo obras que, cual pocas en nuestra lengua, dan la impresión de perfectas. Ese corto ensayo crítico, leído ante la tumba de Fallon dos años después de muerto éste, es de los más concentrados y jugosos que han salido de su pluma y el mejor juicio de conjunto que se haya escrito hasta el presente acerca del cantor de *Las rocas de Suesca*. Para conocer cabalmente a Fallon al través de la crítica, conviene leer, con el estudio del señor Gómez Restrepo, el breve prólogo que el señor Caro escribió en 1882 para las poesías de aquél y la semblanza leída por don José Joaquín Casas en 1915, en la Academia colombiana de Historia. El señor Caro dio atención especial a la teoría de la identidad o equivalencia del hombre y el estilo y a la clasificación de las poesías de Fallon. El señor Casas concedió lugar preferente al elemento biográfico y anecdótico; pero cuando a trechos expresa sus opiniones sobre la producción de Fallon, hace recordar más de una vez las apreciaciones del señor Gómez Restrepo, como al afirmar de los versos de aquél que son de «exquisita melodía y de perfección helénica» y cuando asevera que ellos, si pocos, «forman sobrado avío para la inmortalidad.»

Una página simpática ha consagrado nuestro crítico a aquellos escritores de costumbres que florecieron aquí a mediados de la pasada centuria. Ellos formaron escuela en su tiempo y llegaron a encarnar casi todo el movimiento literario de esa época. Encabeza la mentada falanje el grupo de *El Mosaico*, cenáculo o parnasio santafereño que reunía en sus tertulias a lo más granado de la intelectualidad colombiana en aquel en-

tonces; allí se leyó por vez primera *La luna* de Fallon y de ahí salió la *María* de Isaacs. Larra y Mesonero Romanos influyeron grandemente en la modalidad literaria de ese grupo. Hoy está casi olvidada, con dolor de muchos, aquella literatura, que un eximio escritor de nuestros días (1) ha calificado de «tan briosamente nacional, tan exquisitamente nuestra,» y acaso puede verse un intento de revalorarla en la reedición de los artículos de Marroquin. Sea cual fuere nuestra manera de comprender a esos autores, nadie esquivará reconocerles que dejaron aprisionada en páginas llenas de talento, finura y gracia una época muy interesante de la evolución social colombiana.

Al estudiar a Isaacs se fija ante todo, naturalmente, en *María*. Los gustos han cambiado desde que se publicó por primera vez ese libro, se han modificado las escuelas, y con todo, el dulce idilio es siempre actual, nada pierde de su frescura, a pesar de su escasa técnica literaria. El señor Gómez Restrepo muestra opiniones iguales a las del señor Caro cuando esquivar a *María* el título de novela y la apellida *idilio*. Sin duda piensa él con el príncipe de la crítica en Colombia que considerada como novela *María* resultaría en todo tiempo una mala novela. Vale más no atribuirle a Isaacs propósitos de novelista, sino simplemente la composición de un idilio en prosa, con mucho de cuadro de costumbres, modalidad literaria imperante aquí cuando el libro fue escrito. Está bien llamar idilio a *María*; pero entiéndase que es idilio sin las crudezas y sí con el encanto de los bucólicos griegos. Nada hay allí que permita juntar a *María* con las producciones de aquellos noveladores enamorados de lo bestial a quienes se apellidó naturalistas, por más que un asustadizo crítico

(1) José Joaquín Casas.

haya encontrado en el detalle de las rosas deshojadas por María en el agua con que se baña Efraim motivo suficiente para recordar a Zola. Es amor vivo y limpio el que hay en *María*, no esa cosa triste, yerta, tapada y escalofriante que en algunas de nuestras conventuales provincias llaman amor, ni esa otra cosa, que apesta y repugna, torpemente distinguida con el nombre de la excelsa pasión. María, la encantadora figura centro del idilio, será en todo tiempo digna de figurar en el coro de las vírgenes bíblicas. Nota con razón el señor Gómez Restrepo que *María* ha hecho olvidar un poco la gloria poética de Isaacs, y reivindica ésta de paso. Es Isaacs uno de nuestros mejores líricos, aunque hay en él cierta vaguedad poética, que en sus últimos años viene a ser francamente incoherencia de pensamiento y de expresión. No obstante, *María* es la obra imperecedera de Isaacs, la que lo hace vivir presente a todas las generaciones.

Con espíritu justiciero ha rendido tributo a la señora Montes del Valle, que pasó su vida acosada por la adversidad y cultivando a solas su arte, y que halló siempre al público remiso a hacer una apreciación imparcial de su talento poético, con todo y haber producido una obra maestra, su oda al Tequendama, a la cual dio Valera pasaporte para la inmortalidad.

Cabe deplorar que su discurso de respuesta a Carlos Arturo Torres, cuando el ingreso de éste en la Academia colombiana de la lengua, sea de muy rápidas apreciaciones sobre el insigne escritor. Hace falta que se estudie con detenimiento al autor de *Idola Fori*, no sólo desde el punto de vista literario, sino por el aspecto ideológico. Hay que hacer un examen de lo que él representa en la reacción que se ha venido operando en Colombia contra los jacobinismos imperantes hasta comienzos de la presente centuria.

Mucho más de lamentar es que no haya intentado una crítica completa de don M. A. Caro y que se limite a hablarnos de Caro crítico cuando tiene sobrados alientos para habérselas con la obra total del insigne humanista. Un estudio que abarca íntegramente la labor del señor Caro habría sido excelente complemento de la edición oficial de sus obras, que se adelanta bajo el cuidado del señor Gómez Restrepo.

Nos muestra éste al señor Caro formando con Bello la pareja iberoamericana que figura en la falange de humanistas por cuyo medio ha perpetuado el Lacio su imperio espiritual, y nos lo presenta entrando a la crítica literaria por la puerta del humanismo. Historia rápidamente la renovación y el ensanchamiento de la crítica en la segunda mitad del siglo pasado y hace ver cómo el señor Caro tomó de la antigua escuela lo que se refiere al examen del estilo y de la composición, y de la moderna, el empeño de buscar el móvil trascendental de la inspiración del artista. Señala dos principios esenciales a cuya luz se orienta la crítica del señor Caro: *Catolicismo* y *Latinismo*. El señor Caro ve en su religión la fuente primordial de la inspiración artística. Uno de los motivos predominantes de su predilección por Virgilio es que encuentra en él al poeta más religioso de la antigüedad. Antes de que Gaston Boissier demostrara que la *Eneida* es un poema religioso (lo cual constituye su gran descubrimiento histórico, al decir de Ferrero) ya el señor Caro había explicado por ahí el carácter y las tendencias del poema. No obstante ese fondo religioso de su crítica, no cayó en el error de confundir los conceptos de Bondad y Belleza ni exigía del arte una enseñanza directa moral o religiosa; lo salvó de ese escollo, al cual parecían llevarlo sin remedio ciertos caracteres imperiosos de su catolicismo integral, su vivo sentimiento ar-

tístico. Con todo, su criterio espiritualista hacíale requerir en el arte, como elemento esencial, la idealidad. En todo ideal veía algo directa o indirectamente religioso. De esta suerte se ensanchaba su teoría estética, permitiéndole reunir bajo un mismo pabellón a espíritus que nunca se hubieran puesto de acuerdo en el campo de las definiciones dogmáticas. El latinismo del señor Caro salta a la vista. Había educado su sentido artístico en el ideal de perfección del siglo de Augusto y convertido en sustancia propia el arte de Horacio. Del latinismo fluía en él el amor a la tradición clásica española y la simpatía por los escritores americanos que sabían conservarla.

Apunta el señor Gómez Restrepo como deficiencia del señor Caro, y por cierto que es deficiencia muy notoria, su horror a todo medio tono, su absoluta falta de matices. Tenía, por otra parte, demasiado apego al arte antiguo y no llegó a gustar del moderno con el cálido entusiasmo de un Menéndez y Pelayo, por ejemplo. Tal apego al arte antiguo y su temperamento, tal vez dominante en extremo, no le permitieron tener la amplitud de visión y el sereno desinterés de juicio del crítico santanderino, con el cual muestra, por lo demás, tantas afinidades.

Del nombre del señor Caro es poco menos que inseparable el de don Rufino J. Cuervo, y a éste también ha consagrado el señor Gómez Restrepo una página hermosísima. En el elogio que hizo del sabio filólogo bogotano a raíz de la muerte de éste reciben cumplida alabanza así sus trabajos científicos como sus dotes de eximio prosista y sus cualidades personales. Esa pieza es, al propio tiempo, un himno de alta entonación a la lengua castellana. Hé aquí cómo termina:

«Debemos enaltecer cuanto se refiere a la limpieza y esplendor de la lengua, de esta dulce lengua nues-

tra que tiene tan antiguos blasones y ha merecido tan esforzados paladines. Pidió plaza para ella en el palenque medioeval el rapsodo desconocido que embocó la bronceína trompa épica en honor del Cid; la sentó Alfonso X en el tribunal de la justicia y en solio de la sabiduría, para que dictara leyes y sentencias que aún viven, no grabadas en bronce sino defendidas contra el tiempo por el grave hechizo de una lengua patriarcal; construyó con ella el Arcipreste de Hita su humorístico laberinto de aventuras, cuentos y amoríos, por donde asoman, como en las cornisas de las catedrales góticas, monstruos risueños, emblemas de las fuerzas primarias de la Naturaleza; la hizo subir Jorge Manrique como mansa espiral de incienso desde los abismos del dolor humano hasta las serenas regiones de la esperanza en la inmortalidad; dióle toques de blandura italiana Garcilaso, y Fray Luis de León le hizo sentir la dulzura de la contemplación campestre y la música de las esferas; la bañaron los novelistas en las fuentes turbias pero vigorizantes de la vida popular, baño que la enriqueció de sales y agudeza y le dio cierto desgarro picaresco que contrasta con la cortesana elegancia de los políticos y moralistas, de un Guevara o un Saavedra; la pusieron los místicos en la fragua del amor divino y corrió en ríos de oro, que derritieron las piedras y consumieron los corazones; la envolvieron Hurtado de Mendoza, Melo y Mariana en los *Paños reales y curiales* de que habló Maquiavelo; la llevó al teatro Calderón y expresó en ella los sutiles conceptos teológicos de sus autos sacramentales, «todos de oro y estrellas» según la expresión de Shelley; y Cervantes dilató sus dominios imperiales hasta hacerla capaz de representar el drama completo de la vida, en que el idealismo, representado en don Quijote, al embestir contra el espeso escuadrón de intereses y

pasiones materiales, hace brotar una estrella de cada desgarradura que el hierro de su lanza abre en el manto de sombras del egoísmo y de la mentira; y el sentido común cabalgando con Sancho Panza sobre el manso lomo de su pollino, asciende a las cumbres del ensueño y se transfigura al recibir el beso de fuego de la gloria.»

La rica herencia de Caro y Cuervo pasó a manos de don Marco Fidel Suárez, en quien el señor Gómez Restrepo ve la primera figura de las letras colombianas en la actualidad y de quien se proclama «discípulo informal.» Filólogo y filósofo, político e internacionalista, el señor Suárez ha trazado en la historia de Colombia una línea de luz que no se borrará. Desde aquella sesión de la Academia colombiana de la lengua con que se celebró el centenario de Bello, suntuosa fiesta del espíritu en la cual el señor Suárez surgió de la sombra a la celebridad con un libro que es completamente indispensable de la obra de Bello, ha sido él personalidad expectable primero y luego prominente en varios órdenes de la actividad intelectual; y si las luchas políticas, que lo condujeron al calvario de la Presidencia de la República, le han granjeado enemistades en el terreno de las contiendas de partido, no hay quien rehuse rendir acatamiento a sus austeras virtudes cívicas, y a su copioso saber. Sustanciosas e inteligentes son las líneas en que el señor Gómez Restrepo estudia la personalidad literaria de este hortelano del predio patrio, uno de los pocos cuya esteva ha abierto surcos benéficos y duraderos.

Como se ve, una parte considerable de la obra crítica del señor Gómez Restrepo se compone de siluetas colombianas, de valor desigual, desde luego, pero ninguna de calidad inferior. Esa serie aparecerá completa en la *Historia de la Literatura Nacional* que trae

entre manos desde hace algún tiempo y en la cual trabaja con entusiasmo y cariño. Ninguno tan preparado como él para acometer y llevar a término esa empresa. A sus conocimientos de literatura general y comparada reúne una copiosa documentación sobre la materia que va a tratar, un minucioso conocimiento de nuestra evolución literaria y una vasta investigación de primera mano. A su talento artístico, fino cual pocos, junta un sentido crítico penetrante y disciplinado; tanto como los delaltes tiene almacenado en su mente el panorama todo de la literatura patria. En esa obra suya irán de la mano el arte y la erudición; con la unidad de plan, con la belleza del todo, veremos allí el desarrollo armónico de las partes y la riqueza de las monografías. Vergara y Vergara trazó el cuadro de la literatura colonial, en uno que es libro valioso a pesar de sus múltiples defectos; la obra del señor Gómez Restrepo abarcará la literatura nacional, es decir, la que ha florecido desde nuestra emancipación política.

GONZALO PARIS LOZANO

LA RELIGION Y EL HOMBRE

Un eminente historiador pagano dice que es más fácil hallar un pueblo sin suelo que uno sin Dios y sin religión. Nada es quizá tan cierto como esto. El hombre, en su vida, es por naturaleza investigador y en las continuas observaciones que los hechos le permiten y que sus propios sentimientos le ponén de presente, encuentra como algo evidente e indiscutible que es imposible que en este maravilloso conjunto de la creación no haya una causa y un fin: una causa, porque no es dado concebir un efecto, como lo es el universo, sin que antes reconozcamos la existencia de un sér que con su omni-